

Vives, y los *De libero arbitrio*, de Sepúlveda, hombres uno y otro del *Renacimiento*. Al cabo, y como reacción contra el protestantismo, despertó con nueva pujanza la *escolástica*, pero despertó influida, muy influida, por el *Renacimiento*. ¿Se concibe antes del siglo xvi un libro como el de Melchor Cano? ¿Se parecen Victoria ni Soto á los escolásticos del siglo xiv ni á los del xiii? ¡Oh! ¡Qué gran bien hizo el *Renacimiento* desterrando la *barbarie de la escuela*! Los nuevos escolásticos no fueron ya bárbaros, por lo menos con aquella barbarie pertinaz y repugnante de los anteriores; no se entretuvieron en *sofisterías*, á lo menos deliberadamente y con insistencia; fueron grandes filósofos, grandes teólogos, dignos discípulos de Santo Tomás. Y todo, gracias á los *artífices del Renacimiento*. Hora es de hacerles justicia, ya que por medio siglo ha sido moda repetir contra ellos las declamaciones de aquel fanático, elocuente y desdichado demagogo *tomista*, Fr. Jerónimo Savonarola. De todos esos humanistas, muy pocos, y ninguno de primera talla, si se exceptúa á Melanchton, cayeron en el protestantismo, al paso que éste alistó falanges enteras entre la gente universitaria, que los otros llamaban *bárbara*. No fueron *tomistas*, por lo general, aunque alguno hubo, y de primera nota. Todo su saber teológico no salvó á Carranza de *luteranizar*, aunque de buena fe, en la cuestión de la fe y las obras.

*Vives* renovó el método antes que Bacon y Descartes. Pero como la reforma del método era ne-

cesaria, aplausos y no censura merece nuestro autor. Dice V., amigo mío, que *si el árbol se conoce por los frutos, ¿qué hemos de pensar de un árbol, cuya fruta son el aristotelismo no purificado por los escolásticos, el anti-aristotelismo, las ideas innatas, el empirismo baconiano, el cartesianismo, el psicologismo escocés, y hasta el sensualismo y el escepticismo?*

Vayamos por partes. El *aristotelismo clásico*. ¿Valía más leer á Aristóteles en aquellas deprecadas traducciones latinas que corrían en la Edad Media, que estudiarle en su original griego? ¿Cómo habían de purificar los escolásticos á Aristóteles, si no le conocían más que á medias? ¿Qué hubiera dicho el Estagirita desus comentaristas, que solían trabajar sobre un ilegible texto latino, vertido de otro árabe, que tampoco era traducción directa? El Aristóteles escolástico, purificado ó sin purificación, recuerda aquello de

«Criada de las criadas  
De las criadas de Aurora....»

Los peripatéticos clásicos buscaron el agua en su fuente, é hicieron muy bien. Merced á ellos murió el *averroismo*, que sólo vivía por la ignorancia *filológica* (digámoslo así) de los escolásticos. El *tomismo* era impotente para acabar con aquella plaga de *panteistas* y *naturalistas* que se escudaban con el nombre de Aristóteles, porque ni los *tomistas* de aquel tiempo solían saber griego, ni tomaban parte en el movimiento literario de entonces. Pero así que apareció el genuino Aristóteles, Averroes quedó confinado á la



escuela de Padua, donde arrastró lánguida vida algún tiempo más; pero sin influjo en el pensamiento europeo.

El peripatetismo clásico, que hizo tan gran bien, no cayó, por otra parte, en ninguno de los pecados reales y positivos de Aristóteles. Ni afirmó la eternidad del mundo, ni manifestó dudas sobre la inmortalidad del alma<sup>1</sup>. Al contrario: se esforzó en defender á su maestro, mostrando que no se encontraban en él tales errores. Para evitarlos, tampoco necesitaron recurrir al «Aristóteles purificado» de la ciencia escolástica, á la cual se mostraron indiferentes, cuando no hostiles. Bastábales ser católicos para no ser *panteistas* ni *materialistas*.

El *anti-aristotelismo* ó *ramismo español*, es otra tendencia del todo inocente. No se encaminó más que á la lógica y á la física, y casi siempre con acierto. Hicieron varias innovaciones dialécticas, atacaron la autenticidad de algunas partes del *Organon*, y clamaron mucho y bien en pro de la legítima libertad filosófica.

El *onto-psicologismo* de Fox Morcillo, defensor de las *ideas innatas*, también es fruta sana, porque las ideas innatas las entiende Fox á la manera de San Agustín, autoridad tan respetable como la del mismo Santo Tomás. La doctrina de las ideas innatas en el terreno filosófico es

<sup>1</sup> Todo esto es rigurosa verdad, tratándose de España. No lo es tanto si extendemos la observación á Italia, donde cayeron en graves errores algunos de los partidarios del Comento de Alejandro de Afrodísia. (Nota de esta edición.)

discutible; pero tal como la sostiene Fox, no es ninguna herejía. Ni puede decirse que sea fruta del árbol de Vives, pues éste no enseñó el *innatismo*, doctrina que Fox añadió con otras al caudal recibido de su maestro. En éste predominó la tendencia psicológica; en Fox la platónica y ontológica, que es lo que da originalidad y carácter propio á sus especulaciones.

En cuanto al *empirismo baconiano*, ya he indicado cómo y por qué nace del *vivismo*. El procedimiento de *inducción* y el *experimentalismo* fueron conocidos y practicados por los griegos, sobre todo por Aristóteles, á quien malamente se ha acusado de ignorarlos. Los escolásticos los olvidaron un poquito, sin que pueda hacerse otra excepción que la de Rogerio Bacon, y quizá la de Alberto el Magno. Vives los resucitó, señaló sus límites, dictó sus leyes, y, merced á ello, adelantaron prodigiosamente en los tres últimos siglos las ciencias naturales, las históricas y todas las de aplicación, que, digámoslo en puridad, no andaban muy medradas con el escolasticismo.

El *sensualismo* en ninguna manera es doctrina de Vives, ni puede lógicamente deducirse de sus principios. Tampoco la he dado yo por tal, limitándome á decir que Huarte y Doña Oliva, campeones de ese sistema entre nosotros, tienen *alguna relación* con Vives. Mas no la tienen como sensualistas, sino como filósofos independientes, y como sutiles y delicados observadores psicológicos. El análisis de las pasiones, hecho por Doña



Oliva, se parece mucho á ciertos capítulos del tratado *De anima et vita*, y buena parte de las sagaces y agudas observaciones de Huarte sobre la variedad de los ingenios y de los estudios que convienen á cada uno, están fundadas en conceptos de la obra *De disciplinis*. Lo cual no es decir que Huarte carezca de originalidad; antes la tiene grandísima, al exponer á su modo el recíproco influjo de lo moral y de lo físico, la doctrina de los temperamentos, la de los climas, y los principios y bases de la frenología y de la craneoscopia. En algunas de estas enseñanzas tiende al materialismo, por lo cual la Inquisición mandó borrar en su libro algunas frases, además de aquel singular capítulo en que cometió la inocentada de describir el temperamento de Jesucristo. Pero de nada de esto es responsable Vives, en cuyas obras no hay una sola frase que pueda torcerse en sentido materialista. Cúlpese sólo al ingenio raro y paradójico, aunque agudo y encumbrado, de aquel docto médico aragonés.

Del *cartesianismo ante ni post* cartesiano no debe responder Vives, sino hasta cierto punto. Real y verdaderamente él no parte de la duda metódica, aunque aconseja muchas veces suspender el juicio. Quien la pone por base es el escéptico Francisco Sánchez, y antes de él Fox Morcillo en su tratado *De demonstratione, ejusque necessitate ac vi*. Empieza por prescindir de todos los conocimientos adquiridos, á excepción del concepto generalísimo del *ser*, principio *ontológico*, no puramente *psicológico* como el entimema de

Descartes, que no pasa de ser un principio subjetivo, una mera afirmación de conciencia. Pero el de Fox es objetivo, lo cual salva, á mi modo de ver, la dificultad, y no encierra la ciencia en un estéril y peligroso *yoísmo*. No está el mal del cartesianismo en la *duda*, estado ficticio y transitorio, que equivale en estos filósofos á la usada declaración de «prescindiremos de toda autoridad no fundada en razón, en aquellas materias que Dios entregó á las disputas de los hombres»; declaración que con unas ú otras palabras se lee al frente de casi todos nuestros libros de filosofía, incluso los de algunos escolásticos, como Rodrigo de Arriaga. Aunque la duda sea *metódica*, como lo es en Fox y en Descartes, no veo gran mal en ello. El *quid* del cartesianismo está más adelante, en el entimema.

Hay un singular hereje español que proclamó la duda, aun tratándose de las verdades reveladas. Mas para salir de tal estado, no recurrió al *cogito*, ni al principio del *ser*, ni al de la *existencia*, sino á una luz interior y sobrenatural que Dios comunica á sus elegidos. Puesto ya en tal camino, negó todo valor á la ciencia humana, y se encerró en un misticismo antitrinitario y ontologista. Mas ¿qué tienen que hacer las ideas y especulaciones de Juan de Valdés con las de Vives, espíritu práctico por excelencia? Sólo por un lazo tenuísimo pueden unirse.

En cuanto á la construcción *ontológica* de Fox, que procede, en el libro suyo que he citado, por método geométrico, nada veo que merezca cen-



sura, nada que pueda tacharse de inductivo al *espinosismo*. Los demás que llamo *cartesianos antes de Descartes*, sonlo, no en la base de su sistema, sino en doctrinas particulares, especialmente físicas y psicológicas. No eran, en verdad, dogmas las opiniones de los escolásticos antiguos sobre estos puntos, y la prueba es que no las siguen todos los escolásticos modernos.

*De Vives procede la filosofía escocesa.* Sí, por cierto, y en todas sus partes; mas ¿cuándo ni por qué razón ha sido peligrosa la escuela escocesa? Tímida é incompleta, tal vez pueda llamársela; pero ¿dañosa? ¿Es censurable, por ventura, la observación psicológica? ¿Hemos de rechazar, como criterio, el *común sentido*, la *conciencia en toda su amplitud*, que decía el introductor en Cataluña de esta escuela? ¿Qué mayor barrera puede oponerse á los extravíos y exageraciones idealistas, al predominio de una sola facultad ó tendencia? ¿No es una gloria para Vives haber distinguido con lucidez suma los dos momentos del juicio, señalando el carácter necesario, infalible y universal de aquel primer juicio, que él llama *naturale*, y que los escoceses apellidan *espontáneo*? El mal de la doctrina escocesa está en ser puramente psicológica y lógica; en carecer de metafísica. Por horror á los sistemas germánicos de *lo absoluto*, negó Hamilton la filosofía de *lo incondicionado*, sin sospechar que tal negación había de ser arma terrible, á la vuelta de pocos años, en manos de los positivistas, que, por boca de Stuart-Mill, le han acusado de

contradicción flagrante. Pero ni de esta contradicción ni de aquellas negaciones tiene que responder Vives, porque no se detuvo en el psicologismo, sino que coronó el edificio de su sistema con una metafísica, con una *prima philosophia*.

También tiene V. por fruta dañada los *pensadores independientes y ciudadanos libres de la República de las Letras*. Pero V. sabe muy bien que estos audaces ingenios eran al mismo tiempo católicos fervorosos, y empezaban y acababan sus libros con protestas, absolutas y sin restricciones, de sumisión á la Iglesia católica, y limitaban siempre sus audacias á materias controvertibles. Así entendido, el título de *ciudadano libre de la República de las Letras*, es el más hermoso y apetecible que puede darse, y yo, por mí, no le trocaría por ningún otro, ni siquiera por el de *tomista*, que al cabo indica adhesión á una escuela determinada. Los principios y tendencias del *vivismo* dan, según yo entiendo, ese libérrimo derecho de ciudadanía.

Poco diré del *escepticismo* de Sánchez. Á decir verdad, sólo procede de Vives por la tendencia *crítica*, aunque exagerada y fuera de quicio. Pero no hemos de engañarnos sobre el carácter de este escepticismo. Sánchez es buen católico: de tejas arriba no duda de nada. Su escepticismo es de tejas abajo. En ocasiones parece un devaneo literario, por la forma ligera y un poco francesa en que vienen envueltos sus anatemas contra toda ciencia, y hasta contra la posibilidad de saber nada. Montaigne se contentaba con



dormir en la almohada de la duda ; pero Sánchez es violento y agresivo ; lo resuelve todo , ó , más bien , no resuelve nada , con su eterno *Quid ?* , y se burla de la necedad humana , asomada constantemente al pozo de Demócrito. No niega , sin embargo , como Hume , el principio de causalidad , ni rechaza , como los pirrónicos , el testimonio de la experiencia. Realmente era observador sagaz , y en sus comentarios , ó más bien refutaciones semiburlescas de algunos tratados psicológicos de Aristóteles , notó y corrigió con buen juicio errores graves de la ciencia antigua. Si en esto y en algunas observaciones sobre la incertidumbre de las ciencias parece discípulo de Vives , en lo demás es un insurrecto.

Resulta de toda esta disquisición , en verdad harto prolija , que fueron sanos en el árbol todos los frutos vivistas , aunque , llevados algunos á tierra extraña , se pudrieron ó se malearon , cosa naturalísima. Y que el *vivismo* no es responsable en modo alguno de ciertas consecuencias , harto lo prueba la misma enumeración que de sus frutos venimos haciendo ; pues ¿ cómo un mismo sistema había de pecar á la vez de « aristotélico y de anti-aristotélico , de baconista y de cartesiano , de partidario de las ideas innatas y de sensualista » ? ¿ No fuera esto absurdo ? La verdad es que no peca por ninguno de estos capítulos , sino que encierra en una vasta síntesis lo mejor y más sólido de todos , sin las exageraciones ni el exclusivismo de ninguno. Por eso , y porque no contiene ningún error grave , que

sepamos , y porque es creación del todo española , queremos resucitarle y nos decimos *vivistas*. Y como este sistema salva el catolicismo *quoad substantiam* , y no tiene la pretensión de ser la « filosofía católica » , sino la « filosofía española » , pide y alcanzará de seguro el derecho de vivir , crecer y multiplicarse al lado de su hermano mayor el *tomismo* y á la sombra de la Iglesia , por lo menos con la misma razón que el *tradicionalismo* , por ejemplo , sistema sensualista y de consecuencias altamente peligrosas y alguna vez censuradas. Por cierto que de ningún vivista , á pesar de ser tan dañosos los frutos del árbol , se podrá citar una proposición tan mal sonante como aquella : « La razón y el absurdo se aman con amor invencible ».

Harto he molestado á V. , amigo mío , y á los lectores con estas prolijas y acaso inoportunas observaciones. Hora es de terminar. Mas no he de hacerlo sin advertir que Melchor Cano tiene bien poco de *tomista* , á no ser que por *tomista* se entienda vestir el hábito de Santo Domingo , y seguir la doctrina de Santo Tomás en lo *teológico* ; doctrina *oficial* , digámoslo así , en la Orden á que pertenecía Melchor Cano. Pero en lo demás , el autor de la obra *De locis theologicis* pertenece á la pléyade de escritores del Renacimiento. No es *tomista* en la forma ni en el estilo , porque Santo Tomás escribió como se escribía en su tiempo , y Melchor Cano escribe maravillosamente. No es *tomista* en filosofía , porque entre Platón y Aristóteles no se atreve á



decidir, y escribe : *Divo Augustino summus est Plato, Divo Thomae Aristoteles.... Mibi quidem nec Augustini nec Thomae videtur contemnenda sententia.* Lo cual equivale á decir que en *filosofía* no desprecia la autoridad de Santo Tomás, pero tampoco la sigue, ni más ni menos que hacían los *vivistas*. Y no vale decir que Melchor Cano fué poco afecto á Vives, y afirma de él que « señaló con acierto las causas de la corrupción de las ciencias, pero que no anduvo tan atinado en proponer los remedios », puesto que en realidad él se aprovechó ampliamente de Vives y de muchos *vivistas*, como Juan de Vergara, cuyo libro de las *Cuestiones del Templo* trasladó en cuerpo y alma, al tratar de la *historia humana*. Y nada mejor podía hacer, puesto que Vergara es el padre de la crítica histórica entre nosotros.

En resumen : todo lo que en el libro *De locis* no es *teología pura*, procede de fuentes distintas del *tomismo*. Por eso he llamado y sigo llamando *vivista* á Melchor Cano. Su gloria está en haber puesto al servicio de la teología la ciencia profana y el *criticismo* de Vives.

Nada diré del *congruismo*, cuestión para debatida entre los Dominicos y los Jesuitas. Yo he ensalzado el *congruismo* por ser creación *científica española*. El sistema *tomista* sobre la gracia no lo es, y por eso no hice particular mención de él.

No censuro á los escolásticos que prefieren Sanseverino ó Liberatore á Sánchez ó á Huarte. Puede perdonárseles el que desconozcan á estos escritores, pero en ningún modo el que dejen de

estudiar á Suárez ó á Domingo de Soto, con preferencia á los renovadores italianos y franceses del escolasticismo. Sobre esto versaba únicamente mi censura, que, por otra parte, no se dirige á los doctísimos filósofos que hoy son en España cabeza del movimiento *neo-tomista*. Harto sé que éstos conocen de perlas el desarrollo anterior de sus doctrinas en nuestra Península. Pruébame el curso de *Philosophía Elementaria* de Fr. Zeferino González, y el áureo artículo de V. sobre mis desdichadas *Cartas*.

Y á propósito del ilustre obispo de Córdoba (cuyas bondades para conmigo de nuevo y públicamente, y con toda la efusión de mi alma agradezco), uno mis votos á los suyos respecto á la *Biblioteca de teólogos españoles*, sin que para encarecer su importancia sea preciso rebajar en un ápice el mérito de nuestros filósofos. *Nequid nimis*, amigo mío. Muchos de los autores que Fr. Zeferino cita, tienen tanta ó mayor importancia como filósofos que como teólogos. Testigo Suárez, ninguna de cuyas obras teológicas llega en mérito á su *Metafísica*. No demos ocasión á que los racionalistas nos digan en son de triunfo que hemos tenido *teólogos* (lo cual, en boca suya, equivale á *sacristanes*), y no *filósofos*.

Suscribo, con todo el entusiasmo de que soy capaz, á los elogios que V. hace de los *tomistas* españoles. Llenan, en efecto, una de las páginas más brillantes de nuestra historia científica. Pero tampoco hemos de exagerar las cosas. Cisneros fomentó muy poco el *tomismo*; lo que



más poderosamente alentó fueron los estudios *orientales* y *escriturarios*. Y como era muy buen español, favoreció asimismo la escuela *luliana*, manifestando su deseo de que «se enseñase en todas las escuelas», como es de ver en la carta que dirigió á los mallorquines. En cuanto á los estudios del Renacimiento, que habían de obtener su más cabal expresión en Vives, sabida es la benéfica influencia de Fr. Francisco Ximénez, comparable, en algún modo, á la de Lorenzo el Magnífico ó á la de León X.

Nada diré de Carranza, tan respetable por su saber como por su desdicha. Pero es lo cierto que sus méritos científicos se reducen para nosotros al opúsculo *De la residencia de los Obispos*, á la *Summa Conciliorum*, que es una compilación, y á los *Comentarios al Cathecismo christiano*, en que hay frases de sabor protestante, como lo demostró ampliamente Melchor Cano, y vino á confirmarlo la sentencia de Gregorio XIII, seguida de la abjuración por el mismo Arzobispo, de diversas proposiciones.

No creo que el «tomismo diese dirección y guía á nuestros místicos». Á lo sumo, puede decirse esto de Fr. Luis de Granada y algún otro *ascético* de los que *impropiamente* se llaman *místicos*. Los *místicos puros* no son *tomistas*. Es seguro que Santa Teresa había leído muy pocos tratados escolásticos. En cuanto á los demás, aunque sea cierto que conocían bien la *Summa*, como todo el mundo entonces, eso también que seguían con preferencia á Hugo de San

Víctor, á Gerson, á San Buenaventura, y aun á Suso y á Tauler, sin olvidar la fuente común de todos, que era el libro *De divinis nominibus*, atribuido al Areopagita. Fuera de esto, tenían muy bien leído á Platón, y aun á los neo-platónicos de Alejandría, y á los de la escuela toscana del Renacimiento. Cuando Malón de Chaide, en *La Conversión de la Magdalena*, quiere tratar de la «hermosura y del amor», no pide enseñanzas á Santo Tomás, sino que acude al *Convite* de Platón, y le glosa y comenta. El que haya leído á León Hebreo sabrá de dónde bebió Crisóbal de Fonseca gran parte de sus especulaciones sobre el amor divino. Tan verdad es esto, que en el trabajo que preparo sobre la *Historia de la Estética en España*, no he podido menos de considerar á nuestros místicos como la más brillante personificación del platonismo del Renacimiento, enlazándolos, no con los *tomistas*, sino con los poetas *eróticos* de entonces. Y no cede esto en desdoro, sino en gloria suya; porque la doctrina estética contenida en los diálogos del hijo de Aristón es tan alta y sublime, que, aun en nuestros días, el escolástico Padre Jungmann ha escrito un tratado «de la belleza y de las bellas artes, según los principios de la filosofía socrática y de la cristiana», considerándolas para el caso poco menos que como idénticas.

Ni tampoco creo que contará V. entre los *tomistas* al incomparable Fr. Luis de León, aunque pongamos en cuarentena aquel poco



verosímil dicho, que le atribuye el Dr. Suárez de Figueroa, es á saber: que «tres sabios había tenido el mundo»: el primero, Adán; el segundo, Salomón, y el tercero...., no Santo Tomás de Aquino, sino Raimundo Lulio. Bien clara está la tendencia al *armonismo luliano* en muchos pasajes de aquellos *platónicos* diálogos sobre los *Nombres de Cristo*. Como poeta, se inspira en todo, hasta en la «teoría de los números pitagóricos», pero pocas veces en el *tomismo*. Que Suárez, y antes de él otros Jesuitas, y después *todos* hasta el siglo pasado, son disidentes y constituyen una disgregación del tomismo, harto lo han repetido y ponderado en todas épocas los *tomistas puros*, especialmente los Dominicos. Hasta qué punto llega esta disidencia, y si basta á constituir escuela aparte, es lo difícil de determinar con precisión. En la parte teológica no cabe duda, y V. lo confiesa, puesto que opone el *congruismo* al sistema tomista sobre la gracia. En la filosófica no es menos honda la división. Ni puede decirse que Suárez sea en ella expositor de Santo Tomás, pues lo que expone directamente es la *Metafísica* de Aristóteles, separándose en muchas cuestiones de Santo Tomás, planteando otras que á éste no le pasaron por las mientes, y mostrándose tan original en desarrollos y conclusiones, que su *Ontología* es uno de los más preciosos monumentos de la ciencia ibérica. «Pretendió no separarse de Santo Tomás», porque todos los escolásticos hacían otro tanto; pero Santo Tomás, como Aristóte-

les, como Averroes y otros grandes nombres, ha sido un pabellón que ha cubierto todo género de mercancías.

Aparte esto, ¿no pasan por sistemas distintos del *tomismo* el *escotismo*, el *okamismo* y otros? ¿Pues por qué no ha de serlo el *suarismo*, que es tanto ó más independiente que ellos? Cada una de las infinitas divisiones y subdivisiones de la filosofía griega tiene un nombre especial, y á buen seguro que muchas de ellas no difieren tanto entre sí como la doctrina del Doctor *Angélico* y la del *eximio* Jesuíta de Granada.

«El tomismo es filosofía española, porque fué enseñado en nuestras Universidades.» Pero no fué la *única* filosofía enseñada en ellas, puesto que el lulismo tuvo cátedras aparte, y las tuvieron los demás sistemas escolásticos, y, lo que es más, las tuvo «en todo el siglo XVI» el peripatetismo clásico, lo cual, para gloria de nuestra nación, dejaron registrado los extranjeros. Según ellos, en las aulas españolas se enseñaba á Aristóteles íntegro y *en griego*. Y sin que ellos lo dijeran, sabemoslo por los escritos de Pedro Juan Núñez, fundador de la gloriosa escuela valenciana, en la cual fué tradicional el culto de la sabiduría antigua *ex ipsis primis fontibus*. Á Núñez sucedieron en la misma enseñanza Monzó, Monllor y Serverá. En Barcelona propagó su método el mismo Núñez; en Zaragoza, Simón Abril; en Alcalá, Cardillo de Villalpando, á quien muchos, malamente, juzgan *tomista*; en Coímbra, Pedro de Fonseca, lazo de unión entre



los peripatéticos clásicos y los *suaristas*. A la sombra de este peripatetismo ilustrado, tolerante y de acendradas formas literarias, se desarrolló nuestra libertad filosófica. Merced á él levantaron la cabeza los *ramistas*, especialmente en Salamanca; proclamó Dolese el *atomismo* en Valencia; siguiéronle Vallés en Alcalá y Gómez Pereira en Medina del Campo; examinó Pedro de Valencia con segura crítica todas las opiniones de los antiguos sobre el criterio de la verdad, é hizo Quevedo la apología de Epicuro al mismo tiempo que Gassendo.

El escolasticismo no contrarió sistemáticamente este movimiento, antes bien recibió su influencia. Siglo y medio dura esta época, la más gloriosa, en todos conceptos, para España. De los peripatéticos clásicos salió Gouvea, el vencedor de Pedro Ramus; salió Sepúlveda, el adversario terrible de Erasmo y de Lutero. De las demás disgregaciones del *vivismo* salieron los fundadores de todos los sistemas modernos.

V. recordará lo que sucedió al pararse este movimiento. Llegó un día, allá á mediados del siglo xvii, en que el escolasticismo se presentó intolerante, y aspiró á dominar *solo* en las aulas. Y entonces, como por encanto, huyó de nuestras Universidades aquella grandeza, no se estudió la filosofía en sus fuentes, olvidóse la crítica de Vives, faltó independencia y serenidad en el juicio, dióse de mano á las ciencias auxiliares, y, ¡cosa rara!, el escolasticismo, alcanzado el absoluto imperio á que aspiraba, empezó á de-

caer rápidamente, se durmió sobre sus laureles, y no produjo ya Sotos, ni Molinas, ni Vázquez, ni Suárez, sino *sumulistas* y compendiadores de compendios y disputadores en el vacío. ¡Y cuándo se durmieron! Precisamente cuando se levantaba el *cartesianismo* y venían en pos de él Malebranche y Espinosa. La ciencia escolástica, que en el siglo xvi y en la primera mitad del xvii estaba al nivel de la ciencia independiente, empezó á quedarse atrasada. En la España de Carlos II quedaba todavía mucho arte y mucha ciencia, aunque uno y otra decadentes, pero no estaban en las Universidades. Había que buscarlos en aquel grupo de críticos históricos que se reunían en la celda de Fr. Hermenegildo de San Pablo; grupo formado por Nicolás Antonio, D. Juan Lucas Cortés, el marqués de Mondéjar y otros; ó en las producciones de algún erudito que conservaba la tradición antigua, más ó menos alterada, ó en las de los últimos místicos, ó en el teatro, ó en algunos médicos y matemáticos aislados. El escolasticismo de las aulas sólo despierta con algún brío cuando asoma en nuestro horizonte científico la estrella *vivista* del P. Feijóo.

¡Tan necesaria es una prudente libertad en las indagaciones del espíritu!

Y ahora, si no temiera prolongar esta carta, mostraría cómo el espíritu de la doctrina de Vives informa toda nuestra civilización. Mostraría que á él debemos lo poco ó mucho que hemos trabajado en ciencias naturales; que de él arran-



ca una reforma en la enseñanza de la teología y del derecho; que nuestra crítica histórica, desde Juan de Vergara hasta el presente, es una aplicación del *vivismo*; que él dió luz y guía á los estudios de erudición y humanidades, y que sin él, acaso nuestra literatura clásica del gran siglo no hubiera tomado el sesgo que llevó y que la condujo á la gloria. Haría ver que Vives tiene todas las cualidades buenas del Renacimiento y ninguna de sus exageraciones; que no es un fanático enemigo de la Edad Media; que no condena en poco ni en mucho la civilización cristiana, y que él fué el primero en señalar las *bellezas literarias* de autores entonces tenidos por bárbaros. Pondría en claro que toda restauración total ó parcial de los estudios en España ha sido *restauración vivista*, y deduciría de todos estos hechos, y de otros que puedo alegar y alegaré en su día, la necesidad de volver al espíritu de Vives para salvar *la ciencia española* del olvido y de la muerte. Pero todo esto, Dios mediante, hallará oportuno lugar en un libro que con el título de *Exposición é historia del vivismo* pienso escribir. Libro será malo y rudo como de tosca pluma y pobre entendimiento, pero útil si llama la atención de los doctos hacia nuestra pristina y olvidada ciencia.

Siento, amigo mío, tentaciones de romper esta carta. Ha salido larga, machacona y llena de repeticiones. Parece un *quodlibeto* escolástico de los malos tiempos. No he escrito nada peor, con haber escrito cosas tan malas. ¡Y pensar

que la he escrito en Florencia, en la moderna Atenas, donde parece que aún vagan las sombras de Lorenzo el Magnífico y de Angelo Poliziano, uno de mis *amores literarios* más íntimos y verdaderos! ¡También es fatal coincidencia!

Mas no es lo peor el estilo, ni el haber escrito esta carta á pedazos y sin ver un libro. Es el temor que me aqueja de haber hablado con irreverencia del *tomismo*, sistema tan luminoso, tan sublime, tan fecundo. Es, de otra parte, el recelo de haberme mostrado ingrato con V., que es todo bondad para conmigo, y que ha honrado mis borroneos de estudiante con elogios correspondientes sólo á un trabajo maduro y sazonado, pero elogios que no olvidaré nunca, porque sé que nacen de una alma nobilísima.

Decididamente rompo la carta.... Pero no, porque anda mezclado el buen nombre de Vives en el asunto. Lo mejor es remitírsela á V. para que, una vez leída, haga de ella lo que le plazca. Publíquela V., si quiere; rásguela ó quémela si no, que nada se perderá en ello. Pero en ningún caso la considere V. como *réplica* á su artículo ni como escrito *anti-tomista*, sino como observaciones y notas que tienden á *explicar*, más que á defender, mi opinión en ciertos puntos.

